

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Estad en vela, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor. Comprended que si supiera el dueño de casa a qué hora de la noche viene el ladrón, estaría en vela y no dejarla abrir un boquete en su casa. Por eso, estad también vosotros preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre. ¿Quién es el criado fiel y prudente, a quien el señor encarga de dar a la servidumbre la comida a sus horas? Bienaventurado ese criado, si el señor, al llegar, lo encuentra portándose así. En verdad os digo que le confiará la administración de todos sus bienes. Pero si dijere aquel mal siervo para sus adentros: “Mi señor tarda en llegar”, y empieza a pegar a sus compañeros, y a comer y beber con los borrachos, el día y la hora que menos se lo espera, llegará el amo y lo castigará con rigor y le hará compartir la suerte de los hipócritas. Allí será el llanto y el rechinar de dientes.»

Jesús nos presenta una parábola que nos enseña dos aspectos fundamentales de nuestra vida como hijos de Dios: la vigilancia y la fidelidad.

Vigilancia en la espera. Jesús nos advierte que no sabemos el día ni la hora de su regreso. Nos insta a estar alerta, a mantener nuestros corazones y mentes despiertos en todo momento.

Es fácil caer en la rutina y en la distracción en medio de nuestras ocupaciones diarias. Estar alerta implica reconocer sus señales en las oportunidades que se presentan cada día para amar y servir a los demás, en las pruebas que enfrentamos y en los momentos de alegría que compartimos.

Fidelidad en el servicio. La parábola nos muestra dos actitudes opuestas. El siervo fiel es aquel que cumple su deber con responsabilidad, cuidando lo que se le ha encomendado. En contraste, el siervo malvado es negligente, egoísta y no cumple con su deber.

Somos llamados a ser siervos fieles. Nuestra fidelidad se manifiesta en cómo administramos nuestros talentos, recursos y tiempo. Dios nos ha dado dones únicos y nos pide que los usemos para su gloria y el bien de los demás. No debemos caer en la complacencia o la indiferencia, sino que debemos invertir nuestros talentos en el servicio amoroso y generoso.

Que Santa María interceda por nosotros para que el Espíritu Santo nos conceda la gracia de vivir con vigilancia y fidelidad, y que a través de nuestras vidas, su luz brille para todos.